

*EL PAÍS DE LA CANELA* DE WILLIAM OSPINA: PERIPLOS DE LA COLONIALIDAD

by

Maritza Montaña González

Profesional (B.A), Universidad del Valle, 2001

Magíster (M.A.), Universidad del Valle, 2009

A GRADUATING ESSAY SUBMITTED IN PARTIAL FULFILLMENT OF  
THE REQUIREMENTS FOR THE DEGREE OF  
MASTER OF ARTS IN HISPANIC STUDIES

In

THE FACULTY OF GRADUATE STUDIES

Department of French, Hispanic and Italian Studies

THE UNIVERSITY OF BRITISH COLUMBIA

June 2013

*El país de la canela* de William Ospina: periplos de la colonialidad

## Introducción

*El país de la canela* (2008), obra ganadora del Premio internacional de novela Rómulo Gallegos en 2009, es la segunda novela del poeta y ensayista colombiano William Ospina, perteneciente a una trilogía sobre los viajes de los conquistadores españoles a la Amazonía en el siglo XVI. El premio Rómulo Gallegos se asocia no sólo con autores consolidados, sino con novelas que constituyen un acercamiento novedoso a la literatura en Hispanoamérica. Baste recordar que los primeros galardonados fueron tres escritores del llamado Boom latinoamericano: Mario Vargas Llosa (1967), Gabriel García Márquez (1972) y Carlos Fuentes (1977). La adjudicación de este premio, que ha sido conferido también a Ángeles Mastretta (1997), a Roberto Bolaño (1999) y a Fernando Vallejo (2003), despierta el interés por estudiar el aporte de *El país de la canela* a la literatura hispanoamericana.

La obra ha sido reseñada en diarios, revistas culturales y blogs en América Latina y España, pero las indagaciones académicas sobre ella son casi inexistentes. El único estudio literario publicado sobre esta novela es el artículo de Libardo Vargas Celemín, “*El país de la canela*: historia y ficción”, cuyo propósito es mostrar la obra como una “Nueva Novela Histórica Latinoamericana”, según los desarrollos teóricos de Seymour Menton. Lejos de coincidir con esta apreciación, argumentaré que *El país de la canela*, en su forma y contenido, tiene más afinidades con formas de escritura menos vanguardistas e incluso con la novela histórica romántica decimonónica y que, por consiguiente, ofrece una visión poco novedosa sobre el tema que aborda: la conquista de América por los españoles.

Esta obra recrea la expedición liderada por Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana en pos de bosques de canela asiática, que partió de Quito en 1541 y condujo al “descubrimiento” de la selva amazónica. Se trata de un monólogo pronunciado por el único mestizo de la travesía ante un joven capitán a quien intenta disuadir de emprender una nueva incursión en dicha zona.

William Ospina ha señalado que su intención al optar por un narrador mestizo era presentar una versión nueva de la conquista, distinta de la de los “triunfadores de ese proceso”<sup>1</sup>. Pero también diferente de la de los vencidos, en vista de que es imposible reconstruirla. Las fuentes a las que recurre Ospina en la reconstrucción de los hechos de conquista que narra son principalmente crónicas de Indias del siglo XVI e historiografías de la colonia de los siglos XVIII y XIX<sup>2</sup>.

El relato del mestizo en *El país de la canela* es además una autobiografía que reescribe la travesía por el río Marañón (que se convierte en el Amazonas) desde una perspectiva que, en contraste con las crónicas de Indias, reduce en varios tonos la heroicidad de los conquistadores españoles y el “salvajismo” de los aborígenes. Esta alteración proferida por la voz narrativa de un mestizo es uno de los rasgos más notables de la novela, aquél en el que parecería concentrarse su originalidad. Y es, en consecuencia, el aspecto que da lugar al análisis que aquí se presenta.

Es importante reflexionar sobre este cambio de acentuación que ofrece la voz narrativa del mestizo, en tanto que intenta imponer su visión sobre algunos de los personajes históricos que representa y sobre algunos episodios de la conquista. Al examinar la representación de los indígenas, de los españoles y del mestizo que los recrea en *El país de la canela*, es necesario preguntarse si las representaciones de los indígenas y de los conquistadores obedecen a un mero intercambio de atributos. ¿Se trata de una simple inversión de las descripciones, que muestra la

racionalidad y heroísmo de los indígenas y la barbarie de los conquistadores, sin alterar significativamente “el discurso estereotípico que representa los valores de la cultura masculina, caballeresca y cristiana” (Adorno, “El sujeto colonial” 56), o se trata de una valoración distinta del pasado que invita a descubrir el aporte cultural del mundo marginado de los indígenas? ¿Esta alteración de la representación de los indígenas y de los conquistadores es indicio de un esfuerzo por descolonizar<sup>3</sup> la historia, por mostrar una visión que deje al descubierto las formas del poder colonial que tanto ayer como hoy acechan a este territorio utópico de la Amazonía? ¿O es más bien, justamente lo contrario, el intento de encubrir con un lenguaje ‘políticamente correcto’ una mirada de la expedición más eurocentrista que la de los cronistas del siglo XVI y los historiadores del siglo XIX? ¿A quién satisface la visión de este narrador mestizo sobre la conquista?

Mi tesis es que la voz narrativa del mestizo, que pretende mediar entre el conquistador español y el indígena, antes que ser una voz producida por el encuentro de las dos culturas vinculadas a su origen, es la voz de un *sujeto colonial colonizador* (Adorno), productor de discursos europeizantes, que se posiciona por encima de ellas. Es un sujeto que se aleja de los valores del conquistador español que combatía por Dios, por su rey y por la grandeza de España. Este sujeto colonizador es portador de una visión moderna, antihispánica, sobre la conquista de América, que exalta valores asociados a la Europa protestante y, posteriormente, a la Ilustración.

Es decir, en contra de la justificación del mismo Ospina sobre su narrador como portador de una *nueva* visión de la conquista, argumento que el narrador mestizo de *El país de la canela* es un disfraz que permite seguir reproduciendo una visión moderna de la conquista, eurocentrista, que exalta la racionalidad y los valores de la Ilustración. Una versión antihispánica

que, además de perpetuar el borramiento de los indígenas en la historia colonial, señala cuán inapropiada era la mayoría de los conquistadores españoles para la colonización del continente.

Esta idea, según la cual hubo gente inapropiada entre los conquistadores, no es de ninguna manera novedosa. Algunos cronistas del siglo XVI como Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y su rival intelectual, Fray Bartolomé de las Casas, ya la profesaban. En cuanto al sentimiento antihispánico, cabe recordar que estaba presente en la Europa imperial entre los países protestantes. La denuncia de la crueldad de la conquista española fue usada para señalar la superioridad moral de estos países y para mover los ánimos contra el Imperio español (Bumas). Estas consideraciones se refuerzan durante el siglo XIX en Hispanoamérica. La exaltación de Francia e Inglaterra como modelos culturales que condujo a los procesos independentistas, en algunos casos se hermanó con el impulso antihispánico. En él, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas tuvo su parte, pues esta obra fue un referente obligado para muchos criollos revolucionarios (Varela 51-52). Simón Bolívar, por ejemplo, no sólo hace referencia a esta obra en la “Carta de Jamaica”, sino que propone que la capital de la gran república central que sueña sea una ciudad llamada Las Casas en honor al Obispo de Chiapas (17, 29).

Dos temas comunes a estas dos épocas, la conquista y el final de la colonia, son los tópicos del buen salvaje y la leyenda negra de España. El hecho de que constituyan la base de la novela implica la escasez de ideas de los siglos XX y XXI que se proyectan sobre este vertimiento de la historia. Por consiguiente, a través del análisis de estos dos tópicos como base discursiva del narrador, se cuestiona inicialmente la novedad de la versión del mestizo sobre la conquista de América en este trabajo.

De otro lado, partiendo del presupuesto lukacsiano de que la forma de la obra comporta una ideología, este ensayo propone, también, que la visión de la conquista expuesta por el narrador mestizo es afín con formas de escritura como la novela histórica romántica y la autobiografía, que siguen convenciones literarias del siglo XIX en Europa e Hispanoamérica. Desde esta consideración cabe preguntarse: ¿qué tan apropiada puede ser una forma o fórmula narrativa casi en desuso para expresar una idea novedosa? Y, ¿qué tan arriesgado es escribir una reconstrucción de un pasado más o menos lejano (la conquista de América) con el lenguaje de otra época pasada (el siglo XIX)?

La lectura de la obra que propongo permite dar cuenta de que la forma de novela histórica, a medio camino entre romántica y tradicional (o “no tan nueva novela histórica latinoamericana”, según Menton) es afín con la mirada de la conquista que contiene la obra de Ospina. El uso del mestizo en la historia se asemeja al que el mestizaje o la heterogeneidad de América tuvo en el pensamiento independentista de Simón Bolívar, expresado en la “Carta de Jamaica”: un mero recurso retórico sin valor en sí mismo como agente histórico. Para señalar la afinidad entre los tópicos mencionados y la forma narrativa de *El país de la canela*, se discuten los aspectos formales de la novela. Primero, se refuta la argumentación de Libardo Vargas Celemín que propone la obra como Nueva Novela Histórica Latinoamericana (NNHL). Después se examinan las coincidencias entre esta obra y las escrituras autobiográficas decimonónicas y los rasgos comunes con las novelas románticas hispanoamericanas y con las novelas históricas de Sir Walter Scott. Todas estas afinidades muestran cómo *El país de la canela* se distancia de la NNHL, estudiada por Seymour Menton, la cual tiene entre sus principales características la tendencia a la experimentación formal y lingüística, y la subversión de la historia oficial. De esta

manera este trabajo, al estar en desacuerdo con la propuesta de Vargas Celemín, provee elementos para empezar una discusión académica sobre esta novela.

En resumen, planteo que la forma de novela histórica tradicional de *El país de la canela* ayuda a sostener una visión antihispánica y moderna de la conquista que es afín con el pensamiento independentista de Simón Bolívar. Y agrego que la elección del autor, William Ospina, por esta forma y por estos contenidos es su manera de afirmar poéticamente su posición frente a la historia política contemporánea, usando el discurso histórico como fuente de legitimación. Básicamente lo que está en cuestión en esta novela es que en América Latina no hubo una experiencia de modernidad y los hechos de la conquista explican las causas de esa ausencia. Presentar este tema con las formas narrativas del siglo XIX, imitando especificidades históricas que abarcan hasta esa época, es sugerir que ese segundo *Big Bang* de la historia latinoamericana que fue la ringlera de independencias, contiene claves para la evaluación de nuestro presente, que permite acciones a futuro. Pues, ese volver sobre los hechos de conquista del territorio neogranadino, en el caso de *Ursúa*, la primera novela de William Ospina, y de la Amazonía, en *El país de la canela*, no es de ninguna manera negar los problemas presentes, sino señalar su vigencia apuntando a su recurrencia histórica.

Este proyecto puede arrojar luz sobre la manera como la nueva faceta narrativa de William Ospina, integra, desecha o transforma ideas asociadas a su obra ensayística y poética. Ospina es conocido como el ensayista que señala el fracaso del Estado colombiano en tanto Estado moderno (*¿Dónde está la franja amarilla?*, 1997), que escribe contra las formas violentas de colonización de los países imperiales, especialmente de los Estados Unidos (“El renacer de la conquista”, 2001), y que aboga por el igual reconocimiento y valoración de todos

los elementos de la población latinoamericana: indígenas, afrodescendientes, mestizos, mulatos y criollos (*América mestiza: el país del futuro*, 2004). Sus posiciones parecerían acercarlo a la crítica de la geopolítica del conocimiento, que es el tema fundamental de los estudios decoloniales<sup>4</sup> y por ello resulta importante examinar cómo la forma y el contenido de sus novelas históricas se alinea con (o se separa de) discursos coloniales que le ofrecen bases argumentativas a la polémica noción de ‘la otra Colombia’ (Serje, “Violence as Context”): el discurso que precede las operaciones militares en las áreas rurales destinadas a proyectos agroindustriales, la nueva forma de colonización en Colombia en el siglo XXI<sup>5</sup>.

Es decir, con este proyecto se intenta ofrecer una evaluación de la obra de William Ospina que permita identificar su aporte, desde la literatura, al conjunto de discursos sobre la colonización de los territorios colombianos que aún hoy en día son considerados ‘tierras de nadie’ y que siguen alimentando la utopía de El Dorado, tierras de incontables riquezas.

Sin embargo, el alcance de esos discursos abarca mucho más que el caso colombiano, pues la novela se refiere a la Amazonía, una región natural y cultural compartida por varios países suramericanos (Pizarro, “Imaginario y Discurso: La Amazonía”), en los cuales se viven las mismas tensiones entre centros de poder político y cultural dispuestos a usufructuar las riquezas naturales de esa zona y numerosos pueblos indígenas expuestos a la amenaza de los proyectos modernizadores sobre su cultura y su modo de vida. En esto juega un papel muy importante el premio recibido por la novela, puesto que estos reconocimientos suelen volcar la atención de los lectores hacia los autores galardonados. Premios como el Rómulo Gallegos generalmente significan un espaldarazo de la comunidad intelectual, que en este caso es tan amplia como el mundo hispano.



### **Argumento y forma narrativa**

*El país de la canela* es una novela histórica autobiográfica, narrada como una suerte de monólogo que tiene como narratario a Pedro de Ursúa, el conquistador navarro que en Castilla de Oro en 1557 ya tiene planes de ir en busca de El Dorado por el río Marañón.

En esta obra se recrean principalmente dos eventos de decisiva importancia en la historia del Perú: la destrucción del Cuzco, comandada por los hermanos Pizarro, y el descubrimiento del río Amazonas, con la expedición liderada por Gonzalo Pizarro, y su primo Francisco de Orellana. La vinculación de esos dos eventos se da a través de la historia personal del protagonista, que no es uno de los conquistadores famosos, sino de un hombre ignoto. Sabemos de él que su padre, Marcos de Medina, participó en la toma del Cuzco, y que su madre era una indígena de La Española a quien él por mucho tiempo sólo vio como su nodriza: Amaney. Una nota al final de la narración monologada sugiere que se trata de Cristóbal de Aguilar y Medina.

En esta novela el narrador y protagonista, Aguilar, relata dos periplos. Primero, el viaje desde La Española hacia el Perú en busca de la herencia de su padre, producto del saqueo al Cuzco. La inexistencia de dicha herencia lo lleva a vincularse a la expedición de Pizarro al ‘país de la canela’. Este periplo termina con su regreso a la isla natal, tras la ordalía en la selva amazónica. El segundo periplo es su salida del Nuevo Mundo hacia Europa en busca del país de su padre y del olvido de la experiencia indiana. En Italia, gracias a la recomendación de su tutor, Gonzalo Fernández de Oviedo, es acogido por el cardenal Pietro Bembo. A la muerte de éste, Cristóbal vaga por otros países y participa de las guerras promovidas por la corona española junto con Teofrastus, un alquimista flamenco. Acomodado finalmente en España como secretario del Marqués de Cañete, está decidido a quedarse allí, pero su protector es nombrado Virrey del Perú e insiste en llevarlo consigo, pues encuentra valiosa su experiencia en el Nuevo Mundo.

Este viaje debería concluir con el retorno de Aguilar al Perú, en calidad de secretario del Virrey, pero se proyecta como su regreso a la selva, en compañía de Pedro de Ursúa, el joven conquistador a quien en la escala de Panamá le cuenta su historia por “el río donde murió [su juventud]” (331).

La anécdota principal, que liga al protagonista con una nómina de personajes históricos como Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Gaspar de Carvajal, Pietro Bembo, el Marqués de Cañete y Pedro de Ursúa, es el viaje de búsqueda de la región utópica que le da el nombre a la obra. Se trata del viaje en busca de canela asiática, que parte de Quito en diciembre de 1541 y termina en el Mar del Norte (Atlántico) en agosto de 1542, convirtiéndose en la primera travesía española por el río Amazonas. La expedición en pocos meses confirma que no hay tal región canalera. En medio de la selva, los españoles construyen un bergantín en el que viaja a la deriva Francisco de Orellana con varias decenas de hombres españoles –entre ellos Cristóbal y Fray Gaspar de Carvajal, el cronista del viaje– unos pocos indígenas bilingües y otros pocos negros remeros. El conflicto básico es la relación entre los conquistadores y los indígenas, tanto los traídos del Perú para esta expedición, como los que encontraron río abajo en los meses de navegación, una relación de la cual Cristóbal de Aguilar es un observador.

### **El narrador mestizo**

El protagonista y narrador del relato es un personaje ficticio, basado en breves datos históricos sobre el único mestizo en la expedición al país de la canela: Cristóbal de Aguilar y Medina. Fray Gaspar de Carvajal, único cronista que participó en el viaje, lo menciona como “un compañero nuestro” (*La Aventura del Amazonas* 63) y Gonzalo Fernández de Oviedo lo incluye en la lista de los españoles de la expedición de Orellana, describiéndolo así: “9. Chripstóbal de

Aguilar, mestiço, hijo del licenciado Márcos de Aguilar é de una india, en quien le ovo en esta Isla Española, é valiente mançebo por persona é hombre de bien” (*Historia General* 384).

La inclusión de Cristóbal entre los españoles en el relato de Carvajal y la valoración positiva de él que registra Oviedo, sugieren que la relación del personaje histórico con los españoles peninsulares no era conflictiva. Esto puede deberse a que el primer viaje de los españoles por el Amazonas ocurre cuando aún “el hecho de ser hijo de español y de india, no significaba una restricción de derechos o un descrédito social” (Konetzke, “El mestizaje” 230). Tampoco es conflictiva la relación del personaje ficticio con los personajes históricos ficcionalizados en la novela. Sin embargo, este narrador protagonista sí problematiza su propio origen mestizo. A la muerte de su padre, Amaney, su nodriza indígena, le revela que es su madre y él se niega a creerle (Ospina, *El país de la canela* 21). Pero la experiencia del viaje fluvial lo lleva a aceptar su naturaleza mestiza. Y posteriormente, en Europa, reconoce que su padre era un moro converso. El producto de esta doble toma de conciencia, que ocurre después de la expedición con Pizarro y Orellana, es su versión de este episodio histórico.

### *Su visión de los indígenas*

Cristóbal narra la experiencia de la búsqueda de la canela y el viaje a la deriva por el río 15 años después de los hechos (215). Lo característico de su representación de los aborígenes en dichos eventos, es que evita los adjetivos sustantivados ‘salvajes’ o ‘bárbaros’, términos que aparecen en la mayoría de las crónicas de Indias y que persisten en algunas obras románticas decimonónicas latinoamericanas, como por ejemplo, en *La Cautiva* de Esteban Echeverría (130, 151, 153, etc.). Aunque reporta el uso de estas denominaciones por parte de los españoles, se cuida de proferir éstas y otras expresiones despectivas sobre los indígenas. O prescinde de

menciones que supongan algún tipo de inferioridad en ellos, incluso en las descripciones de los enfrentamientos contra los españoles.

Esto establece un contraste con la narración de Fray Gaspar de Carvajal, quien también evita las palabras “salvajes” y “bárbaros”, pero al relatar los ataques por el río se refiere a los indígenas como “aquella mala gente ” (65). Es decir, emite un juicio que los diferencia de los españoles en términos de una valoración axiológica binaria: *buenos vs malos*. En el capítulo 20 de *El país de la canela*, donde se recrean estos mismos combates entre indios y españoles, Cristóbal utiliza la expresión poética- “esas gentes de agua y de barro” (222). En general, en su versión llama a los aborígenes indios, indígenas o nativos, y en los casos de comunidades particulares, incas o amazonas, etc. Además, no los compara peyorativamente con animales y los presenta en términos favorables. Los describe como “sabios y laboriosos” (28), “dóciles” (98) y de una “confianza casi *infantil*” (253). Sin embargo, estas son cualidades que fueron efectivamente apreciadas por los españoles, pues posibilitaban la cristianización y civilización de los indígenas. Es decir, estas disposiciones facilitaban su sometimiento a las formas de organización social y política de los españoles.

Sobre uno de los indígenas de la expedición, el narrador dice:

Se llamaba Unuma, hablaba un poco en castellano... Era un hábito de nuestros soldados mirar a los indios como bestias de carga, pero bastaba hablar con aquel hombre para darse cuenta de que había en él algo misterioso y venerable que no alcanzábamos a comprender. No sabíamos mucho de su mundo, sus costumbres, de sus zodíacos ni de sus sueños. Pero los antepasados de aquel hombre habían alzado ciudades de piedras gigantes y las habían cubierto de oro, habían trazado

templos y palacios en las alturas,... conocían los secretos de las terrazas de cultivo,... guardaban historias y cifras en los nudos antiquísimos de sus quipos,... habían estudiado los abismos del cielo, conocían los ciclos de fertilidad de la Luna y los nombres de las estrellas. Sólo *nuestra barbarie* podía borrar tantas cosas y verlos en su silencio como bestias sin dioses. (146-147)<sup>6</sup>

Este pasaje, que quizás pretende mostrar la admiración de Cristóbal por los indígenas, ejemplifica el modelo epistemológico de relación por semejanza, propio de la época de este personaje ficticio, pues “los europeos... elaboraban modelos y marcos comparativos al tratar de reconocer, comprender y clasificar la humanidad Americana” (Adorno, “El sujeto colonial” 56). Lo que parece admirar en ellos es lo que admira de su cultura: las construcciones, los templos, el valor del oro, las técnicas de agricultura, los conocimientos astronómicos y las formas de registro histórico. Los juzga sólo a partir de lo que conoce. Para describirlos usa información que les confiere a los indígenas unos grados de civilización, pero se limita, como la mayoría de cronistas lo hizo, a destacar los aspectos más asimilables de una de las grandes civilizaciones prehispánicas. Sin embargo, la travesía por la selva puso a los españoles en contacto con otros grupos que diferían en costumbres en un mayor grado. En su relato del viaje por el río y sus orillas Cristóbal reporta varios ejemplos de la “bondad” de los indígenas. Él se fija en sus conocimientos para la vida cotidiana, en su simplicidad, sabiduría, sentido común, la sencillez de su organización social, o de su organización para la guerra, y compara sus actitudes con las de los españoles, provenientes de una Europa cansada, agotada y de una España empobrecida, ávida de cambio y sedienta de prosperidad.

En esta comparación yace el tópico del buen salvaje, que en Europa se asocia generalmente, en el siglo XVI, con Montaigne y su ensayo “De los caníbales”, y en el siglo XVIII, con Rousseau, en especial con su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1754). Estos dos son los autores más reconocidos en los estudios sobre este tópico. Pero en la tradición hispánica la idea del buen salvaje se asocia más a los nombres de Cristóbal Colón, Pedro Mártir de Anglería y Bartolomé de las Casas, durante las primeras décadas de la Conquista. De estos autores, el menos conocido es Anglería. Sin embargo, Stelio Cro argumenta que su obra *De Orbe Novo (Nuevo Mundo)* es una de las fuentes españolas en la que parcialmente se basa el ensayo de Montaigne sobre los caníbales (*The Noble Savage* 14ss).

Un ejemplo del tópico del buen salvaje se encuentra en la primera década del *Nuevo Mundo*. Anglería describe como felices a los indígenas de la Española, porque carecen de “los objetos típicos de la civilización europea: pesas, medidas, el ‘mortífero dinero’, ‘jueces calumniosos’, libros y la preocupación por el incierto porvenir” (Cro, “Los cronistas primitivos de Indias” 417). Este tipo de contrastes no son un llamado a abandonar los rasgos de la cultura europea, sino todo lo contrario, son una invitación a evaluarlos, a examinar hasta qué punto se han desvirtuado. Este pasaje induce a pensar: ¿por qué el dinero se ha vuelto mortífero? ¿Qué ha hecho a los jueces calumniosos? En ningún momento sugiere deshacerse del dinero o de los jueces.

En algunos episodios de *El país de la canela*, Cristóbal establece comparaciones valorativas sobre los distintos usos de las cosas entre indígenas y españoles. Señala, por ejemplo, “el abismo que hay entre la desnudez cubierta de tintas y de sortilegios, de plumas y de cascabeles y los trajes que no sólo nos *ampan* del mundo sino que nos *protegen* del pecado y

nos *ocultan* de nosotros mismos” (177). ¿No hay en la desnudez un sentimiento de confianza frente al mundo, precisamente el opuesto de la amenaza que representa para el europeo la naturaleza, la sociedad o simplemente un ser humano?

Aquí hay una confrontación entre lo que se acerca más a lo natural y lo que hace mucho que se ha alejado de ello. O, en términos de Hayden White, una antítesis entre una humanidad natural y una humanidad artificial (*Tropes of Discourse* 177). Como lo muestra la alusión al texto de Anglería, esta oposición no es novedosa. La actitud de Aguilar frente a toda la colección de detalles del viaje en la selva se asemeja también a la de Michel de Montaigne, en su ensayo “De los caníbales”, frente a los indígenas la Francia Antártica, hoy Río de Janeiro.

Tanto en el ensayo de Montaigne como en la narración de Aguilar la representación de los “otros” es propiciada por un viaje hacia una región desconocida, pero la descripción de Montaigne se basa en el testimonio de un testigo, mientras que Cristóbal Aguilar se presenta a sí mismo como testigo. Los textos coinciden en la aparente idealización de esa vida cercana a la naturaleza y a la libertad, opuesta a la artificialidad o “corrupción” europea que, como se ha dicho, busca restaurar o invita a evaluar ciertos rasgos de la civilización. Montaigne declara:

...Creo que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que ocurre es que cada cual llama *barbarie* a lo que es ajeno a sus costumbres. Como no tenemos otro punto de mira para distinguir la *verdad* y la *razón* que el ejemplo e idea de las opiniones y usos del país en que vivimos, a nuestro dictamen en él tienen su asiento la perfecta religión, el gobierno más cumplido, el más irreprochable uso de todas las cosas. Así son salvajes esos pueblos como los frutos a que aplicamos igual nombre por germinar y

desarrollarse espontáneamente; en verdad creo yo que más bien debiéramos nombrar así a los que por medio de nuestro artificio hemos modificado y apartado del *orden* a que pertenecían; en los primeros se guardan vigorosas y vivas las propiedades y *virtudes naturales*, que son las *verdaderas* y *útiles*, las cuales hemos bastardeado en los segundos para acomodarlos al placer de nuestro *gusto corrompido*;... (159-160)

White advierte que este pasaje pone de lado la antítesis de la teología cristiana entre lo natural y lo divino para concentrarse en la antítesis entre lo natural y lo artificial, y afirma que este giro apunta al desarrollo de una actitud moderna por parte de Montaigne (176). Esta oposición de lo elaborado, lo artificial (europeo) con lo salvaje, lo natural (americano) deja ver escepticismo. El texto usa el contraste para señalar un proceso epistemológico. Se duda de la opinión general y se privilegia la voz de la razón, que es la que tiende a la búsqueda de la verdad. Anteriormente Montaigne ha planteado un imperativo: “hay que juzgar por el camino de la razón y no por la voz general” (157). Esta es una sentencia humanista, que se opone a la aceptación de creencias por la autoridad o por la fe.

A esa posición escéptica, que no se apresura a aceptar las creencias generalizadas, a tomar por segura una sola vía, se asemeja la de Aguilar en *El país de la canela*. En algún pasaje afirma: “A veces ni siquiera ante las cosas podemos estar seguros de que dos lenguas están nombrando lo mismo: los indios no ven en el mundo lo que ven los cristianos, o tal vez cada cosa que existe, como dice mi amigo Teofrastus, depende del *orden* en que está inscrita para cumplir la *verdad* de sus funciones” (256). Aquí es importante notar que en ambos casos la preocupación capital es la búsqueda de la verdad y del orden, una búsqueda epistemológica que define a



Occidente. El relativismo y escepticismo de Aguilar, esta posición que abre la puerta a la duda, sugiriendo que la realidad es relativa, lo proponen como un sujeto moderno, ya posible dentro de la época en la que como personaje se inscribe. También es importante mencionar que, como se indica en este pasaje, dicha actitud la hereda Cristóbal de su amigo filósofo, alquimista, con quien trató en 1547, un tiempo que media entre su experiencia en la Amazonía y su relato (11). Teofrastus es un personaje que dista del tipo del conquistador español, especialmente como lo presenta Cristóbal.

Las primeras conclusiones que surgen de la descripción de los indígenas que elabora el narrador son: Primera, que no hay novedad en ella, pues discursos apologéticos sobre los indígenas se han escrito desde el momento mismo de la llegada de Colón al continente. Segunda, que estos discursos apologéticos se presentan de dos maneras. Una, mediante la descripción de los grupos indígenas que tienen rasgos culturales asimilables a los de los europeos (las grandes civilizaciones prehispánicas). Otra, mediante la descripción de los grupos indígenas que carecen de estos rasgos. Ambos casos implican una aproximación epistemológica a la diferencia entre culturas. Es decir, la valoración completamente favorable de los indígenas entraña una valoración del juicio moderno sobre la conquista, en el cual se enfatiza el uso de la razón para clasificar su humanidad. Tercera, que en la narración de Cristóbal la valoración positiva de los indígenas parte de su contacto con un humanista europeo, indicando con esto que la fuente de los estándares para juzgar la conquista es Europa.

### *Su visión de los conquistadores*

En un contraste explícito con las imágenes de los indígenas, Cristóbal describe a los conquistadores españoles como personajes deleznable: tropeleros toscos, bárbaros, criminales,

belicosos, codiciosos, crueles, truculentos y desconfiados. Son seres delirantes, dispuestos a morir por un rumor (97) y capaces no sólo de matar, sino de prodigar la muerte (177). En otras palabras, son representativos del talante guerrero español que da lugar a la versión de la leyenda negra de España, correspondiente al siglo XVI. Pues, como nota Ricardo García Cárcel, las opiniones antihispánicas han variado con las épocas y durante ese siglo el acento radica en la belicosidad española (*La leyenda negra* 28).

En *La leyenda negra*, Julián Juderías expone opiniones de los europeos en contra de los españoles, que van desde la Roma imperial hasta el siglo XIX, y las presenta como una campaña de difamación, de deformación del tipo español. Entre ellas recoge esta opinión de un embajador florentino en la Corte de Carlos V: “son hombres sutiles y astutos, pero no se distinguen en ningún arte mecánico ni liberal; no se dedican al comercio, considerándolo vergonzoso; todos tienen en la cabeza ciertos humos de hidalgo; la pobreza es grande; son muy avaros, muy *dispuestos al robo, nada aficionados a las letras, y en apariencia religiosos, pero no en realidad*” (169). Este comentario no alude a los conquistadores, sino a los habitantes de España en el siglo XVI. Otras opiniones de esta época se refieren a la ligereza de las mujeres españolas, a los vicios que han adoptado de los moriscos, a la pobreza de su literatura y, en general, al fanatismo e ignorancia de la España inquisitorial. Juderías incluye opiniones no sólo de quienes describen lo que vieron en suelo ibérico, sino de los que juzgan a los españoles que han conocido en otros países, generalmente soldados de una España en constante guerra con los nacientes poderes imperiales europeos. Pero por fuera del campo de batalla de Europa, es la brutalidad de los soldados españoles durante la Conquista de América lo que los distingue.

Ésta y otras características morales y psicológicas, que a menudo es necesario leer entre líneas en las crónicas, se exponen con claro énfasis en *El país de la canela*. En su relato, Aguilar

las concentra especialmente en los hermanos Pizarro: “Gonzalo Pizarro era el tercero de una familia de grandes ambiciosos. *Buitres y halcones* a la vez, sus hermanos Francisco, Hernando y Juan, con una avanzada de hombres tan rudos como ellos, se habían bastado para destruir un imperio” (89); “Todos en su familia tenían propensión a la cólera y esa pasión violenta fue capaz de los hechos más espantosos” (129). Esta representación negativa de los conquistadores evoca las metáforas animales de Bartolomé de las Casas: “En estas *ovejas* mansas... entraron los españoles desde luego que las conocieron como *lobos y tigres y leones* crudelísimos de muchos días hambrientos” (*Brevísima* 76). De cara a esta semejanza, es necesario recordar que, como señala Bumaz, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas fue un documento ampliamente divulgado y manipulado en los países en confrontación con el Imperio español. No sólo fue ofrecida como una manera de entender la “acción depravada” de los católicos en Europa, el mismo las Casas fue visto como un “protestante honorario” por sus denuncias de los hechos atroces de la Conquista (“The Cannibal Butcher Shop” 125; 127).

En *El país de la canela*, un ejemplo de esos hechos espantosos es el aperreamiento de los indígenas que fueron a la expedición como bestias de carga. Al darse cuenta de que no existían bosques de canela asiática, sino una canela nativa no muy abundante, inservible para su ambición comercial, Gonzalo Pizarro

llamó a sus capitanes más fieles y les dio una orden horrible que algunos no comprendieron: había que escoger diez indios de los más influyentes y arrojarlos en trozos a los perros. “¿Para qué, capitán?, preguntaron. “Para que aprendan a decir la verdad”, contestó. “Para que estas bestias aprendan que no se nos puede mentir”. Y después dijo, como tratando de justificarse: “Y para castigarlos por traidores”. (131)

Este pasaje sugiere que Aguilar no acusa de barbarie a todos los españoles. No sólo muestra las excepciones dentro de la misma expedición, como lo indica el hecho de que los hombres de Pizarro no entiendan la “confusa crueldad”, sino que más adelante agrega: “Muchas veces, cuando lo he contado, quienes me escuchan me entienden mal, y tengo que explicarles de nuevo que Pizarro no empezó a matar los perros para alimentar a los indios sino que empezó a matar a los indios para alimentar a los perros” (131). Con esto muestra que a otros también les resultaba irracional e incomprensible este proceder. Su señalamiento va dirigido específicamente a los conquistadores, a los capitanes de conquista, a los que casi sistemáticamente llama invasores, especialmente en la descripción de los eventos del Cuzco: “Y el mundo de los incas vivió con espanto la profanación de su rey. Para los *invasores* era la muerte de un *rey bárbaro*, pero para los incas era el sacrificio de un dios” (18).

El especial señalamiento de la ambición y brutalidad de los hermanos Pizarro recuerda, además, el tono de las acusaciones de Simón Bolívar contra España, “agitada por las violentas pasiones de la venganza, ambición y codicia”, y contra los españoles, “raza de exterminadores” que desangra los pueblos que somete (“Carta de Jamaica” 20). Las diferencias que pueden encontrarse entre el impulso antihispánico en la leyenda negra difundida en Europa entre los siglos XVI y XVII, y el ánimo antihispánico de la época de las independencias en Hispanoamérica son el lugar de enunciación de la denuncia y el propósito de ella. En Europa las advertencias sobre la crueldad española iban dirigidas a resistir el emplazamiento del poder imperial español. Esto se hizo ligando la violencia española al celo religioso y proponiendo la superioridad moral de los pueblos protestantes. Pero, desde luego, se trató de una cortina de humo para encubrir e incluso justificar la violencia de los países protestantes en sus colonias o

contra los remanentes católicos. Tal es el caso de la colonización inglesa en Norteamérica y de la lucha de Inglaterra contra Irlanda y Escocia (Bumas 123).

Por su parte, Simón Bolívar, en el siglo XIX, recurre al discurso antihispánico no para evitar la dominación imperial, sino para ponerle fin. Sin embargo, hay que observar que la “Carta de Jamaica” está dirigida a un inglés, Henry Cullen, y que las diatribas contra España constituyen términos comunes de referencia, alusiones a un enemigo común. Y España es enemiga porque no comparte los valores de “la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad” (20). Por esta Europa debe entenderse Inglaterra, Francia y Alemania. Walter Mignolo considera las diatribas de Bolívar como una marca de la leyenda negra en el imaginario moderno/colonial (“La colonialidad” 65). Podría decirse que son el recordatorio de actitudes que no corresponden a la época. Lo que esto implica es la existencia de unos criterios que determinan un modelo de humanidad ideal. La Europa civilizada, moderna y secular se presenta a sí misma como el modelo. Mignolo usa el término ‘racializar’ cuando se inscribe a la gente en categorías según su nivel de similitud/proximidad a un modelo de humanidad ideal (*The Idea of Latin America* 16). Esta noción no implica características biológicas sino culturales y se relaciona con la idea de racismo. Mignolo propone el racismo como “the hegemonic discourse that questions the humanity of all those who do not belong to the locus of enunciation (and the geopolitics of knowledge) of those who assign the standards of classification and assign to themselves the right to classify” (8). O bien, como un sistema de clasificación para la marginalización de ciertos conocimientos, lenguas y seres (15).

En *El país de la canela* subyace el ánimo clasificatorio que racializa tanto a los indígenas como a los conquistadores, al indicar quién se acerca o se aparta del modelo de civilización. En

esta obra no es una idea generalizada de España la que se muestra como antítesis de Europa. Son los capitanes de conquista representados por los hermanos Pizarro.

La tendencia a la clasificación es más clara en la primera novela de William Ospina, *Ursúa*. En ella, el mismo narrador, Cristóbal de Aguilar, relata la conquista del Nuevo Reino de Granada de la mano de la biografía de Pedro de Ursúa. En su narración identifica varios tipos de españoles, pero el énfasis yace en la distinción entre los conquistadores letrados y los no letrados. Las conquistas de los primeros son descritas como moderadas en violencia en comparación con las de los segundos. El representante de los conquistadores letrados es Jorge Robledo y los representantes de los violentos e iletrados son los hermanos Pizarro, a quienes describe como “criadores de puercos de Extremadura” (202). Además, Francisco Pizarro es descrito como “analfabeta enérgico” (206). En un nivel más privilegiado de la clasificación se encuentran los hombres de letras, los humanistas. En *Ursúa* se encomia a Oviedo y a Juan de Castellanos, y en *El país de la canela*, a Oviedo, a Bembo y a Teofrastrus.

Es de notar que con el énfasis en la caracterización negativa de los conquistadores, más específicamente, de los capitanes de conquista, Aguilar secunda una tradición de cronistas que los acusa de la represión y crueldades contra los indígenas, eximiendo de responsabilidad criminal a la corona española (Pereña, *Genocidio en América* 129). Una tradición encabezada por Gonzalo Fernández de Oviedo, quien en *El país de la canela*, es presentado como el tutor del narrador protagonista y funge como su verdadera figura paterna. La influencia de esta tradición puede percibirse en los pasajes en los que Aguilar relata su vida en Europa, donde efectivamente reproduce la especie de que Carlos V estaba tan ocupado en sus lides que no tenía ojos para América, más que como fuente de recursos para financiar sus guerras (302, 326). Aguilar afirma:

“en el espejo roto de las guerras del emperador comprobé que las potestades europeas no tienen tiempo para los conflictos de las Indias, y ni siquiera para inquietarse por sus crímenes” (329). Este comentario supone que lo que pasaba en la América española sucedía a sus espaldas, y por lo tanto, es exculpatorio de la responsabilidad del emperador en los crímenes cometidos en el Nuevo Mundo. Por extensión, puede ser exculpatorio de la responsabilidad de los centros de poder respecto de la periferia.

Puede concluirse hasta este punto que la representación de los conquistadores, afín con la leyenda negra del siglo XVI, invalida también la pretensión de novedad de la visión del mestizo sobre la conquista. El recurso de la leyenda negra debe ser examinado cuidadosamente, porque implica siempre una agenda relacionada con intereses de poder. En *El país de la canela* esta noción está al servicio de mostrar la inferioridad moral de los capitanes de conquista. Este señalamiento sugiere como su contraparte la superioridad moral del letrado que expone las ignominias de los conquistadores.

En esta sección se ha indicado el uso de la leyenda negra a nivel político como un discurso que unifica en contra del poder imperial, para evitarlo o repelerlo, o para combatirlo. A nivel cultural, se ha señalado cómo opera en tanto criterio para juzgar y clasificar la humanidad de ciertos grupos humanos, es decir, para determinar el grado de semejanza con el modelo de civilización propuesto e impuesto por la Europa moderna.

### ***Su naturaleza mestiza y los letrados.***

En *El país de la canela*, tener un narrador mestizo como focalizador de estas representaciones en las que los indígenas ya no son vistos como salvajes, pero los conquistadores

son presentados como bárbaros, sugiere que su focalización depende de su naturaleza mestiza. Hasta ahora se ha considerado que esta visión de los grupos en confrontación durante la Conquista no altera significativamente el panorama de binarismos ya conocido. La oposición entre civilización y barbarie permanece, aunque se hayan intercambiado los referentes. Los criterios para clasificar la humanidad aún se centran en la racionalidad europea. Pues, como se ha dicho, al presentar a los indígenas con cualidades ideales se los juzga según los valores de una cultura, se los muestra como susceptibles de asimilar otros de sus valores y se pretende que estén bien representados al juzgarlos positivamente.

Es necesario ahora explorar las circunstancias de la enunciación de los juicios sobre estos personajes para determinar si en algún grado este gesto supone la existencia de una doble consciencia basada en la diferencia colonial, es decir, forjada en la periferia de las potencias imperiales (Mignolo, “La colonialidad”). Dos preguntas dirigen esta sección: ¿Cómo interviene la condición mestiza del narrador en estos juicios? Y, ¿cuáles son las influencias que subyacen a sus descripciones de estos personajes y de la experiencia amazónica?

En la narración de Cristóbal hay una inclinación hacia la clasificación de las personas. En su caso particular, él problematiza su existencia a causa de la impureza de su sangre. Cristóbal experimenta inquietud frente a Amaney, cuando tras la muerte de su padre, ella le revela que es su madre y él se rehúsa a aceptar su origen mestizo (21). Esta preocupación le da sentido a la vida de Aguilar. Él sale de La Española en busca de una herencia, de una pertenencia, de una *identidad*. Considera la revelación de Amaney absurda, increíble e inoportuna y resuelve su temor despreciando a su madre indígena. Sin embargo, el viaje en busca del país de la canela determina el comienzo de un cambio en la percepción que tenía sobre la superioridad española, y



ese cambio le viene de la experiencia del mundo indígena como *observador*, unida al recuerdo del afecto de Amaney en las penurias de la travesía. Así, su representación de los indígenas y de los conquistadores implica una suerte de superación de esa tribulación por su origen mestizo y una transformación de sí mismo que, inicialmente, es un producto de la dureza de la expedición, de esa experiencia de dificultades extremas con la cual esta narración actualiza la idea de “pasaje”.

Mircea Eliade trata esta imagen en distintos estudios<sup>7</sup> como una historia modelo en la cual a través de una prueba el iniciado adquiere una condición distinta. El tema de *pasaje* se presenta mediante diversos detalles: pasar por puerta angosta, por el ojo de la aguja, entre las piedras que se tocan, y otras imágenes. El pasaje se da entre dos opuestos, que en *El país de la canela* pueden verse como la negación y la aceptación del origen mestizo de Medina. La idea de pasaje implica que el iniciado, el que supera exitosamente la prueba, adquiere un saber superior que lo distingue de los demás. La travesía por la selva es para Cristóbal como una prueba. Pero, más bien, una primera experiencia que produce en él sólo un entendimiento parcial de su origen, que no satisface la búsqueda de su identidad, que no lo define como la persona que finalmente está relatando esta historia.

Aunque sus observaciones durante la expedición le ayuden a reconocer su naturaleza mestiza, esto no quiere decir que su vertimiento de la experiencia en los territorios indígenas sea la esperada de un mestizo de las primeras décadas de la Conquista, un mestizo en quien reside la influencia de las dos culturas que le han dado origen.

Precisamente el hecho de que la condición de mestizo sea en la vida de Aguilar un descubrimiento tardío, más que una experiencia en la cual se formó, hace difícil aceptar la suya

como una voz mestiza. A diferencia, por ejemplo, de Inca Garcilaso de la Vega, quien convivió con sus parientes incas hasta los veinte años y obtuvo el conocimiento de la lengua y la historia del imperio incaico (*Comentarios reales* 85), la cercanía de su madre indígena en la infancia no le aportó ningún conocimiento sobre su cultura. Cristóbal recuerda:

    Mi educación no se había dejado en sus manos. La india sencilla... no podía darme el saber que su pueblo se transmitió por siglos en rezos y en cantos, en cuentos y en costumbres. Alguien debía velar porque yo creciera como un buen español, y desde los once años... orientó mis estudios el hombre más importante que había en La Española,... el regidor Gonzalo Fernández [de Oviedo]. (22)

Este hecho fundamental, la supresión del elemento indígena en su formación, implica limitaciones en su presentación de la conquista, que es meramente enunciativa, un inventario de observaciones, que reproduce lo que los españoles y otros europeos que llegaron al Nuevo Mundo vieron o pudieron ver y registraron en crónicas y en ilustraciones. Es decir, es parcial y carece de explicaciones, como se ha visto en la descripción que hace de Unuma. Allí enumera los rasgos que hacen de los incas una civilización, pero nada es explicado.

Si se compara su exposición de los encuentros entre aborígenes y conquistadores con las versiones de un indígena letrado como Felipe Guamán Poma de Ayala y del mestizo letrado más importante de Hispanoamérica en el siglo XVI, Inca Garcilaso de la Vega, se aprecia la carencia del carácter revelador y explicativo que la visión del que conoce el mundo indígena puede aportar. Los relatos del indígena y del mestizo letrados, que buscaban legitimación ante las autoridades españolas, pueden explicar lo que el español no entiende, revelar lo que no puede

ver, y en virtud del doble marco cultural o doble consciencia, aportar justificaciones para los actos incomprensibles de sus parientes y ancestros.

En los *Comentarios Reales* de Inca Garcilaso de la Vega, se encuentra esta preocupación por explicar lo que los españoles han perdido de vista sobre las tradiciones indígenas. En el “Proemio al lector” de la primera parte de los *Comentarios*, Inca Garcilaso explica que intenta comentar y ampliar los detalles sobre la historia del imperio incaico que han escrito los historiadores españoles, así como interpretar los vocablos indios que éstos no usaron con propiedad. Todo esto en virtud de su conocimiento de la materia y de la lengua como nativo de la ciudad del Cuzco. Insiste, más adelante, por ejemplo, en las “Advertencias acerca de la lengua general de los indios del Perú” o en el capítulo XIX, sobre la importancia del entendimiento de la lengua indígena no sólo para acceder a datos más detallados sobre el pasado incaico, sino para comprenderlos. Pero, además, José Antonio Mazzotti advierte que si bien la escritura del Inca Garcilaso se ciñe a las convenciones del registro historiográfico europeo de la época, también contiene rasgos de la oralidad cortesana cuzqueña. Esto hace del texto un artefacto con un doble destinatario. Así, puede ser leído de un modo por el español y de otro por receptor andino (*Coros mestizos* 146-47, 152, 169).

En el caso de Aguilar, se echa en falta el uso de un vocabulario indígena y una intención como la de los indígenas y mestizos letrados por traducirlo o explicarlo. Él desconoce las lenguas indígenas, y sólo aprende, durante la travesía por la selva, a nombrar a los animales nativos: cachama, piraña, curimatá, etc. Sin embargo, menciona que a lo largo del viaje, los españoles, incluido él mismo, nunca pronunciaron dichos nombres (214). Por lo tanto, no cabe esperar de su relato más que la limitada y usual versión de un español sobre distintos eventos y personajes.

Detrás de estas limitaciones, sin embargo, hay influencias que es necesario señalar porque determinan un giro en su presentación de los involucrados en la Conquista. Cristóbal Aguilar no plantea una simple oposición entre españoles feroces e indígenas mansos. Se ha mencionado anteriormente que introduce un tercer tipo de personaje que no es ni el indígena, civilizado o no, ni el guerrero español, heroico o bárbaro. Tampoco es, como se acaba de ver, el producto de ambos, depositario de dos influencias culturales, capaz de entender los dos mundos que le dieron origen y mediar entre ellos en virtud del conocimiento que tiene de los dos. Es decir, no es el mestizo que tendría en Inca Garcilaso de la Vega su paradigma. El tercer tipo de personaje que introduce y que lo hace ver los acontecimientos históricos de la Conquista de una manera particular es el letrado humanista, uno que en principio tiene un modelo en el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo.

Examinar la influencia de Oviedo sobre el narrador protagonista es relevante para entender la aparente posición mediadora de Cristóbal en la tensión entre civilización y barbarie. Son varios los pasajes en los que Cristóbal habla de su maestro: señala su desencuentro con Bartolomé de las Casas (142, 290), reconoce que desprecia a los indígenas (282), pero su admiración radica en el ansia de conocer y escribir (284) y en su deslumbramiento por el Nuevo Mundo (291).

La oposición entre Oviedo y Las Casas que Cristóbal menciona es importante. Según Stelio Cro, el modelo historiográfico de la obra de Oviedo es la *Historia Naturalis* de Plinio, un hecho que incluye al cronista entre los humanistas que trataron de sustraer de su trabajo las inclinaciones sociales y morales del cristianismo, para acercarse a los modelos de historia de la antigua Roma y de la filosofía griega, buscando así una significación cultural. La obra de Oviedo

intentaba “hacer encauzar la multiforme realidad de América en la utopía del mito clásico” (*Realidad y Utopía* 160). Cro se refiere a que a pesar de sus dudas, en el último volumen de su *Historia General y Natural de las Indias*, Oviedo decidió incluir la noticia sobre las Amazonas, sin cautelas, aduciendo que provenía de un testigo ocular –Carvajal. Con esto podía establecer una conexión entre la literatura clásica y la realidad del Nuevo Mundo. Cro señala que Las Casas, por el contrario, se encontraba entre aquellos para quienes la moralidad cristiana era indispensable para la acción política (161). Para él la realidad americana tenía un significado social y moral.

La mención de la enemistad entre Oviedo y Las Casas en *El país de la canela*, considerando la cercanía de Oviedo al humanismo italiano, hace relevante el hecho de que el narrador se sustraiga de las expresiones de religiosidad cristiana. Hacia el final del viaje por el río, Cristobal afirma: “Fue como si estuviéramos oyendo en la noche la respiración de una bestia mitológica hacia cuyas fauces corríamos sin remedio. El ruido no paró de crecer esa noche... de modo que los marinos rezaban a grandes voces, confesando sus pecados, pidiendo perdón a Dios por sus culpas...” (264). Resulta, pues, significativo que en la primera oración use la primera persona plural, incluyéndose, y al momento de los rezos mueva su narración hacia la tercera persona plural, negando su participación en los actos católicos. Otra instancia en la que se plantea la separación de Aguilar respecto del español católico es su representación de la Iglesia en un pasaje en el cual se ridiculiza a los cardenales a quienes refiere la historia de las amazonas (314-316). Esta posición lo alinea con los protestantes de la época en el rechazo a la vacuidad de la doctrina católica y a la inutilidad de la jerarquía de esa Iglesia.

La admiración por la motivación científica de Oviedo y este rechazo de la religiosidad son afines con el otro personaje que influyó en la visión de Aguilar de Medina sobre la realidad

americana. El viaje por el río es un tiempo de aprendizaje sobre la condición humana, tras el cual reconoce su origen mestizo. Pero ya se ha mencionado que es en Europa, en medio de las guerras, donde Cristóbal alcanza la madurez a través de su amistad con Teofrastus, el alquimista de Flandes quien, de la mano de la filosofía y de su ciencia, le ofrece una mirada diferente sobre su historia personal. En su narración afirma: “Gracias a Teofrastus, *más que a nadie*, el abismo que había entre mi sangre española y mi sangre india se redujo; por él sentí que los trigales de Suabia eran tanto mi casa como las islas del Caribe” (329). Desde esa madurez adquirida en Europa es que Cristóbal recuenta los eventos que marcaron su vida: la destrucción del Cuzco, que sólo conoció por una carta de su padre, y la expedición de Pizarro y Orellana en la que participó.

La influencia del humanismo de Oviedo y del escepticismo de Teofrastus sobre Aguilar sugiere que él es depositario de un pensamiento europeo en choque con los valores españoles. Su uso de los tópicos del buen salvaje y de la leyenda negra de España, que constituyen la base de su discurso sobre la Conquista, lo proponen como un sujeto colonial colonizador, productor (o, en este caso, reproductor) de nociones estereotípicas y eurocentristas para abordar las diferencias culturales. Cristóbal está en capacidad de reproducir estas nociones en su calidad de letrado. A fin de cuentas se convierte en secretario del Marqués de Cañete, Virrey del Perú. Es su condición de letrado la que lo autoriza a divulgar su experiencia en los términos en los que lo hace.

Recapitulando, la caracterización del mestizo protagonista arroja el siguiente perfil: se trata de un mestizo biológica, pero no culturalmente. Se define a sí mismo como español, es decir que en él predomina la influencia paterna. Pero tiene dos padres, el biológico (primero) es

un conquistador, el intelectual (segundo) es un cronista con títulos oficiales. Lo indígena se asocia a lo femenino, a su madre, a lo débil, (22) y no tiene mayor influencia sobre él. El conquistador español se asocia a la brutalidad, a la ambición, a condiciones poco o nada nobles, por lo tanto, despreciables. El camino que escoge es uno que se separa de estos dos, que se desvincula de su origen biológico. Cristóbal se convierte en hombre de letras, al servicio del poder imperial. Su focalización depende más de su carácter letrado, el cual se nutre de su experiencia por fuera de España. Curiosamente, él mismo como personaje es valorado por los demás por su origen y experiencia americanos. Pietro Bembo se interesa en su historia sobre el encuentro con las Amazonas por su condición de testigo ocular. Lo mismo ocurre con el Marqués de Cañete y con Ursúa. Al final, termina siendo valorado como guía, del mismo modo que algunos indígenas fueron guías para los españoles en su empeño conquistador. Él, como nativo, se convierte en guía de una siguiente ola colonizadora.

Si se pone el énfasis en su origen americano, antes que mestizo, y sobre todo en la insistente búsqueda de su identidad, sin hacer de lado su intelectualidad europeizante, esta descripción sugiere una conexión con un tipo de personalidad que resulta anacrónica en la historia. A mi modo de ver, es más fácil concebir a Cristóbal como un criollo del siglo XIX que como un mestizo de las primeras décadas de la Conquista. Y visto como criollo se entiende que en la narración de su propia vida haya, por una parte, una distancia racial con su madre, porque los criollos al no tener sangre indígena y considerarla inferior, desprecian a esta población.

Y de otro lado, una distancia moral y política respecto a su padre conquistador, que es la que se expresa con la leyenda negra. También hace entendible que en su discurso sobre los hechos históricos aparezcan apologías a los habitantes americanos y diatribas contra los

españoles, porque su discurso está dirigido, después de todo, a un poder colonial y se expresa con imágenes inteligibles a ese poder. El compuesto de su narración de hechos personales y de hechos históricos presupone, en todo caso, la superioridad del letrado. Y no es difícil asociar esta posición con el cambio de las relaciones coloniales que se dieron en Hispanoamérica a partir de las independencias. En este periodo, como explica Mignolo, “la diferencia colonial se transformó y... recibió el nombre de ‘colonialismo interno’. El colonialismo interno es... la diferencia colonial ejercida por los líderes de la construcción nacional” (“La colonialidad” 68). Esto se manifiesta en el surgimiento de una clase política compuesta de intelectuales de origen americano, los criollos, que asumieron las riendas de la formación nacional como sujetos colonizadores, o sea, como productores de discursos que determinaron las coordenadas intelectuales y políticas de los países hispanoamericanos.

Desde luego, si ha de buscarse un criollo al cual recuerde el discurso de Cristóbal, éste es Simón Bolívar. Cristóbal de Aguilar comparte con él el haber nacido en suelo americano, ser educado como un español, pero también ser formado por el pensamiento europeo moderno, y sobre todo, el expresarse desde la diferencia colonial. Estas son condiciones que le permiten hablar con propiedad de lo que ocurre en el continente a quien esté interesado en escucharlo. En la “Carta de Jamaica”, Bolívar describe a los criollos en los siguientes términos políticos: “no somos indios ni europeos, sino una *especie media* entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: ..., siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa...” (22). Con esta definición de su identidad introduce el conflicto en el que se encuentran: disputando el territorio a los indígenas, expulsando a los españoles y definiendo las formas de gobierno más apropiadas en esta circunstancia. Marilyn G. Miller encuentra en esta definición una equivalencia entre destino político y mestizaje que antecede otras referencias a las



mezclas y desigualdades que obligan a América Latina a afrontar su destino de una manera autóctona (*Rise and Fall of the Cosmic Race* 8-9). Lo importante de notar aquí es que tanto en el caso de Bolívar como en el de Aguilar su visión de la colonización del continente es pronunciada desde un lugar privilegiado de la diferencia colonial, que es un lugar de mediación y que ultimadamente supone una superioridad intelectual respecto a un grupo humano, los indígenas o los africanos, y una superioridad moral respecto del otro, los españoles invasores, exterminadores, etc.

Esta conjetura que vincula a Bolívar con el Cristóbal de Aguilar de la ficción se apoya parcialmente en el hecho de que en la última década, que corresponde al periodo de composición de las novelas *Ursúa* y *El país de la canela*, William Ospina también escribió sobre este líder de las independencias suramericanas, produciendo al menos dos ensayos en los que se destaca a este personaje: *América mestiza: El país del futuro* (2004) y *En busca de Bolívar* (2010). Además, en el mismo discurso de aceptación del premio Rómulo Gallegos él deja ver su interés por estos dos periodos de la historia hispanoamericana, la Conquista y las Independencias, como puntos en el itinerario de su búsqueda personal de identidad como colombiano, y por extensión, como latinoamericano (“Elogio de las causas”).

Considerar al narrador como un criollo a nivel cultural, más que como un mestizo, armoniza el tratamiento de la conquista y colonia con la forma narrativa que caracteriza a la novela. Tema que se aborda a continuación.

## ¿Una novela histórica romántica en el siglo XXI?

Según Seymour Menton, en el siglo XX la literatura latinoamericana produjo una forma particular de relato histórico, que él ha llamado la “Nueva Novela Histórica Latinoamericana” (NNHL). Se ha planteado en la introducción el desacuerdo con el trabajo de Libardo Vargas Celemín que propone una lectura de *El país de la canela* como NNHL. A continuación se presentan los criterios de Menton para el estudio de esta novelística histórica. A partir de esta enumeración se resume la argumentación de Vargas Celemín y se discuten sus conclusiones. Posteriormente se examinará la novela *El país de la canela* tanto a la luz de los postulados de Menton sobre la NNHL, como de los de Georg Lukacs sobre la novela histórica de Sir Walter Scott, mediante los cuales se intenta plantear la afinidad de la obra con la novela histórica romántica hispanoamericana.

Los criterios más relevantes para la identificación de la NNHL son: 1. La subordinación de la recreación mimética de un periodo dado a la ejemplificación de estas ideas: a) la imposibilidad de asegurar la verdadera naturaleza de la realidad o la historia, b) la naturaleza cíclica de la historia y c) la impredecibilidad de la historia. 2. La distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos. 3. El uso de personajes famosos como protagonistas. 4. Metaficción o referencia del narrador al proceso creativo de su propio texto. 5. Intertextualidad, vista como la inserción y transformación de unos textos en otros. Y 6. Los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnavalesco, parodia y heteroglosia (Menton 23-24 la traducción es mía). Sin embargo, los comentarios de Menton sobre la precaria existencia de esta forma narrativa por fuera de América Latina sugieren que los rasgos más representativos de

la NNHL son la innovación lingüística, el tono carnavalesco, las grandes dosis de metaficción y la intertextualidad (34).

Libardo Vargas Celemín caracteriza *El país de la canela* como NNHL basándose en los siguientes puntos: Primero, todos los hechos narrados pertenecen a un pasado no experimentado por el autor. Segundo, hay una distorsión consciente de la historia en las diferencias que aparecen entre la narración ficcional y las crónicas en las cuales se basa la novela, la cual se manifiesta en la humanización de los personajes históricos como Gonzalo Pizarro y Gonzalo Fernández de Oviedo. Tercero, afirma que el postulado sobre la ficcionalización de los personajes históricos se cumple parcialmente porque el narrador no es uno de los conquistadores famosos. Cuarto, sobre la metaficción asegura que no se da en los términos propuestos por Menton, pero identifica una “muy particular” forma de ella que consiste en las numerosas invocaciones al narratario. Quinto, en la novela hay menciones directas o indirectas a crónicas de Indias, por lo tanto hay intertextualidad. Sexto, basándose más en los comentarios de Fernando Ainsa que en los de Menton, Vargas Celemín plantea que la obra de Ospina cuestiona el discurso historiográfico al desacralizar a los conquistadores y darle protagonismo al mestizo. Séptimo, la obra suscita la reflexión sobre la historia en relación con la estética postmoderna (“*El país de la canela: Historia y ficción*”). Esta última consideración no se relaciona con los planteamientos de Menton.

El trabajo de Vargas Celemín no sólo parece estar basado en una pobre comprensión de los criterios propuestos por Menton sobre la NNHL, sino que carece de los ejemplos apropiados para justificar la pertenencia de *El país de la canela* a este grupo novelístico. Su primer punto,

por ejemplo, corresponde a la definición más básica de novela histórica, no necesariamente a la>NNHL.

Segundo, Vargas Celemín se limita a señalar como distorsión consciente de la historia la “humanización” de personajes históricos para efectos de la verosimilitud en la narración. Más importantes para la>NNHL son las distorsiones de los hechos históricos, y sobre esto nada menciona. Un ejemplo representativo de estas alteraciones de la historia en la literatura colombiana es el relato de la masacre de la compañía bananera en *Cien años de soledad* (333-356). La versión exagerada de García Márquez es más conocida que el episodio histórico. En cuanto a *El país de la canela*, es necesario señalar que las alteraciones de los eventos respecto de los textos históricos usados por William Ospina en su obra son mínimas, precisamente porque su objetivo es ser lo más fiel posible a esas fuentes históricas. Esto se muestra en la “Nota del editor” con la cual concluye la novela. En un apartado afirma: “Los hechos en su mayoría están documentados, y es fácil advertir que no se apartan mucho de lo que nos cuentan fray Gaspar de Carvajal, Cieza de León o el propio Oviedo” (367). Esta nota del editor ficticio, un erudito, emite un juicio sobre la veracidad del relato de Cristóbal de Aguilar, que revela la voluntad del autor en afirmar su sujeción a las fuentes históricas. Sin embargo, considerando el interés de Vargas Celemín en los personajes, hay una alteración que ignora y que vale la pena señalar, por sus implicaciones en las representaciones estudiadas en este ensayo. Se trata de la negación del carácter de hombre de acción del protagonista en relación con el personaje histórico documentado. En la relación de Carvajal este personaje es nombrado al describir un ataque de los indios: “y en este tiempo los vio un compañero nuestro llamado Cristóbal de Aguilar, el cual se puso delante, *peleando muy animosamente*, dando alarma la cual oyó nuestro Capitán, el cual salió a ver lo que era...” (63). En *El país de la canela*, Cristóbal nunca se muestra en combate

con los indios, de hecho, no se presenta como un guerrero, ni siquiera al mencionar su participación en las guerras europeas. En contraste, enfatiza su carácter de hombre de letras y pronuncia constantes apologías de los indígenas.

Tercero, Vargas Celemín parece no advertir el hecho de que el “cumplimiento parcial” de un postulado cuenta más en su contra que a su favor. A Cristóbal de Aguilar no lo caracteriza como un personaje más ficcional que histórico, no hace mención de la documentación histórica sobre él y no se percata de que es usado para conectar a los personajes y eventos históricos más relevantes. El punto de la>NNHL es explotar a los personajes históricos más conocidos para ofrecer nuevas lecturas de la historia, generalmente mediante su desacralización. En *El país de la canela* ocurre lo contrario, de un mestizo casi anónimo se crea un personaje susceptible de ganarse la admiración de los lectores y de transmitir un mensaje. Y su focalización parece resultar efectiva. El personaje se granjea la simpatía de los lectores, quienes admiten su visión humanista, moderna, de la conquista, como lo atestigua el jurado que le otorgó el Premio Rómulo Gallegos: “Su mensaje supera dicotomías tales como hispanismo e indigenismo, abarca las contradicciones con espíritu humanista y asienta una ética de respeto a la cultura del otro” (“Veredicto de la XVI Edición del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos”).

Cuarto, aunque Vargas Celemín acierta al explicar que los pasajes en los que el narrador se dirige a Ursúa son casos en los que se le recuerda al lector que hay un narratario específico, yerra al considerar estas invocaciones como un ejemplo de metaficción. Por ejemplo, la segunda invocación a Ursúa dice: “Ya que quieres saberlo todo desde el principio, debo empezar contándote que vivíamos en La Española, donde tuvimos siempre nuestra casa” (19). En este fragmento, si bien hay una indicación de que la narración será cronológica, no hay una reflexión

sobre el proceso mental del recuerdo que explique el procedimiento narrativo a seguir en la novela. *El país de la canela* carece de reflexiones de este tipo.

Quinto, es algo obvio considerar que en una novela histórica subyacen otros textos históricos. Esto no es privativo de la NNHL. Al considerar el tema de intertextualidad, Menton se inclina a privilegiar, no la presencia de textos históricos en la ficción, sino la de otras ficciones. En este sentido, Vargas Celemín pierde la oportunidad de mencionar la relación de *El país de la canela* con la novela de la selva más importante de la literatura colombiana, *La Vorágine*. En la obra de Ospina la “Nota del editor” cumple la misma función del prólogo y del epílogo en la novela de José Eustasio Rivera. Éstos intentan convencer al lector de que el manuscrito de Arturo Cova o su historia son verídicos. Ambas novelas buscan legitimar la historia mediante la intervención de un personaje ficticio cuya voz influye en la valoración del texto del protagonista: el manuscrito de Arturo Cova o el relato de Cristóbal de Aguilar y Medina.

El interés de William Ospina por conducir al lector hacia la verificación de las fuentes históricas lleva a considerar algunos de los fundamentos de la teoría de la literatura latinoamericana que Roberto González Echevarría desarrolla en *Myth and Archive*. Este autor considera que el origen y la principal característica de la novela hispanoamericana es su intención de negar que es literatura y acudir al tipo de discurso de mayor autoridad en una época dada. Es como si imitar los tipos de discurso no literarios le confiriera legitimidad a la literatura. Así, los documentos legales como testimonios y relaciones dieron origen, por ejemplo, a la novela picaresca, una forma narrativa que se distingue de la épica y de la lírica, adoptando el lenguaje legal, que es el de mayor popularidad y autoridad en los siglos XVI y XVII. Entre los siglos XVIII y XIX el lenguaje privilegiado sería el de los expedicionarios, el lenguaje científico.

Y entre los siglos XIX y XX, el lenguaje dominante sería el antropológico. Aunque *El país de la canela* no se ajusta con exactitud a estos planteamientos generales, éstos ayudan a caracterizar la novela. En la obra de Ospina convergen varios procedimientos que tienen que ver con la eliminación de las fronteras entre géneros y discursos. Por ejemplo, la obra parece intentar convertir las crónicas y relaciones en literatura. Transforma en prosa poética el lenguaje legal de una relación como la de Carvajal, destinada a limpiar el nombre de Orellana y el suyo propio. En ese vertimiento poético convergen trazas de discursos científicos y antropológicos también. Ospina rechaza el lenguaje centrado exclusivamente en las experiencias de los españoles de la relación de Carvajal y nutre su narración sobre el viaje con breves inventarios sobre la flora, fauna y grupos humanos de la selva. Por otra parte, no se puede hacer de lado que hay un doble juego de pretensiones activo en la novela: primero, es un monólogo que pretende dar cuenta de una conversación en la que falta la voz del contertulio, que es el conquistador español. Segundo, este monólogo aparenta ser un fluir oral, pero resulta ser escrito, a juzgar por la presencia de la nota del editor, quien evalúa la veracidad de las fuentes documentales. Finalmente, en cuanto a la afirmación de González Echevarría sobre la tendencia a imitar una forma no literaria, en *El país de la canela* esto se ve en la adopción de la forma autobiográfica. Una autobiografía no es un texto necesariamente literario, pero es una narración donde se agencian distintas búsquedas de legitimación de lo que se expresa en ella.

La autobiografía de Cristóbal de Aguilar y Medina lleva entonces a considerar también algunos de los puntos que examina Silvia Molloy en su estudio de la autobiografía en Hispanoamérica en el siglo XIX. Al analizar las obras autobiográficas de Domingo Faustino Sarmiento, Molloy afirma que la autobiografía se legitima como historia y se justifica como valor documental (*Acto de Presencia* 187), y, además de ser historia, es nueva historia nacional.

También señala que la escritura autobiográfica presta escasa atención a la infancia (197), se empeña en recalcar la veracidad de su narrativa (198) y se acerca al pasado para satisfacer las exigencias del presente (198). Es decir, la narración autobiográfica se presenta como memoria individual que es necesaria en la historia de la generación coetánea del autor y de las venideras. Estas tendencias se registran en *El país de la canela*. Cristóbal se presenta ante los personajes históricos ficcionalizados a contar su versión de una expedición histórica. La historia personal del narrador se hermana con la historia de la Conquista: él participa y es testigo de los eventos, por lo tanto se constituye en un documento vivo de la expedición que es consultado por distintas personalidades históricas. Su vida es historia que se presenta como una nueva versión de los hechos, capaz de convocar a la unidad de opiniones al respecto: la versión de la Conquista de Cristóbal que humaniza a los indígenas, barbariza a los españoles y exalta a los letrados lleva fácilmente al consenso. Con respecto a la escasa atención a la infancia, lo significativo es que Cristóbal se reduce a mencionar su origen mestizo y a menguar la importancia de su padre, el conquistador, mientras encomia la verdadera figura paterna en su vida, Gonzalo Fernández de Oviedo, de quien sigue los pasos como letrado al servicio del poder imperial. Oviedo es Cronista Mayor y Cristóbal, secretario del Virrey. Finalmente, dentro de la novela, la autobiografía de Cristóbal se justifica como información histórica necesaria para los proyectos colonizadores de la época: el cambio de gobierno en Perú, con la llegada del nuevo virrey, y la conquista de El Dorado, con la expedición planeada por Ursúa. Así, la autobiografía de Aguilar se bosqueja en algunos de los términos de esta forma en el siglo XIX, aunque narre eventos del siglo XVI.

Es necesario considerar también que la orientación histórica de la novela misma se debe a la influencia de la época. La obra ensayística y novelística de Ospina se enmarca en un lapso de veinte años en el cual se han celebrado dos centenarios importantes en la historia



latinoamericana, el quinto centenario del Descubrimiento de América y el bicentenario de las Independencias. Estas celebraciones, unidas a variados cambios políticos en América Latina, han influido en el replanteamiento de la pregunta por la identidad latinoamericana y de nuevo se está acudiendo a la historia como fuente de inspiración literaria.

Sexto, en tanto reescritura *El país de la canela* no ofrece una alteración sustancial o subversión de la historia oficial. Los hechos históricos y los personajes que participaron en ellos son presentados en un lenguaje asequible al lector contemporáneo, pero esto no implica una modificación esencial respecto de los registros históricos. En las secciones anteriores de este trabajo se argumentó que no hay novedad en el uso de los tópicos del buen salvaje y de la leyenda negra, que serían los rasgos de la novela capaces de sugerir algo así como la desacralización de “mitos” de la historia oficial. Puesto que Vargas Celemín asume el protagonismo del mestizo como el rompimiento de uno de esos mitos, habría que incluir al lado de los tópicos mencionados la apología del mestizaje. La “ideología salvífica del mestizo”- como la llama Antonio Cornejo Polar- es también desde la primera década del siglo XX un lugar común en el que se ha cifrado la particularidad de América Latina. Como estrategia discursiva ha estado al servicio de defender los intereses de clase de las élites, o bien, enmascarar los privilegios de “lo blanco”, y se ha usado para convocar la unidad en defensa de la patria (Poupeney-Hart 41, Miller 4, 13). Por lo tanto, el culto del mestizaje no representaría el rompimiento de un mito, el de la superioridad de lo europeo en este caso, sino su permanencia.

Séptimo, Vargas Celemín no explica de qué manera *El país de la canela* invita a reflexionar sobre la relación entre historia y narrativa postmoderna. No llega a mencionar, por ejemplo, la discusión sobre cómo se ha debilitado la frontera entre historiografía y ficción

(White), y tampoco discute cuáles elementos de una narrativa postmoderna encuentra, o no, en *El país de la canela*. Una observación que se le escapa es que el tipo de narración monologada que es esta autobiografía del mestizo va en contra de uno de los principales intereses de la escritura postmoderna: la afirmación de que no hay una verdad única, sino múltiples verdades (Hutcheon, *A Poetics of Postmodernism* 109). Para muchos autores la metaficción historiográfica, que es una forma de narración postmoderna, es una manera de reavivar el interés por la historia, cuestionándola. Éste no es el caso de William Ospina. Su acercamiento, como se ha visto, no es el de reflexionar sobre la escritura histórica y exponer múltiples puntos de vista, sino el de traducir a un lenguaje poético la historia hispanoamericana. De ahí que su narración sea cronológica, como la crónica, y monologada, sugiriendo una voz única, y que prescinda de vanguardismos lingüísticos o narrativos, más bien ajustándose a las líneas temáticas y estilísticas del siglo XIX.

De regreso a la teorización de Menton sobre la NNHL, él afirma que los elementos que la caracterizan representan un cambio dentro de una forma más tradicional de novela histórica que es la novela histórica romántica latinoamericana, desarrollada en el siglo XIX. Según Menton ésta fue inspirada en sus inicios por las obras de Sir Walter Scott, por las crónicas coloniales y esporádicamente por el drama del Siglo de Oro. Las metas de la mayoría de los novelistas románticos eran “contribuir a la creación de una conciencia nacional, familiarizando a los lectores con personajes y eventos del pasado, y reforzar la causa liberal en la lucha contra los conservadores, quienes se identificaban con las instituciones políticas, económicas y religiosas del periodo colonial” (18 la traducción es mía). Entonces, en vista de que en *El país de la canela* no se cumplen las expectativas de la NNHL, o se cumplen para criterios que no son exclusivos

de esta novelística, es necesario mirar esta novela histórica romántica y la novela de Scott, para determinar si hay coincidencias con ella.

Enrique Anderson Imbert señala como características del romanticismo hispanoamericano el centramiento en el yo o la prevalencia de las experiencias individuales, una visión de “la literatura como evocación de un pasado nacionalista y también como propaganda para un futuro liberal” , y “el desapego por lo español, la admiración por lo europeo” (*Historia de la Literatura* 237; 238). En algunos países se dio el indianismo, o sea la idealización del indio remoto, presentándolo como personaje poético o exótico o legendario o histórico (240; 283). Anderson Imbert también sugiere que detrás de las obras románticas estaba más que el interés en los grupos humanos de Hispanoamérica, el interés por las ideas racionalistas, humanistas y liberales de la Ilustración. De ahí que un tema recurrente sea la tarea “civilizadora” o el conflicto entre civilización y barbarie. También señala la influencia de las novelas de Walter Scott en las novelas históricas románticas hispanoamericanas. Estas características pueden apreciarse en *El país de la canela* en cuestiones como el hecho de que la obra sea una autobiografía monologada, donde se escucha la voz de un solo individuo; la tendencia a detenerse en los detalles de la naturaleza propia del continente, pero asumiendo unos valores heredados de la Europa liberal; los discursos apologéticos sobre los indígenas, originados en la Europa renacentista y durante la Ilustración a causa de la relación de Europa con el continente Americano.

En cuanto a las novelas históricas de Sir Walter Scott, cabe señalar algunas de las principales características estudiadas por Georg Lukács. Sus protagonistas son a menudo héroes mediocres y prosaicos, que expresan con “realismo los rasgos humanos, decentes y atractivos y las limitaciones de la clase media inglesa”; o personas “históricamente desconocidas y de autenticidad histórica dudosa o inexistente”, cuya finalidad es conciliar los extremos (*La Novela*

*Histórica* 35; 39): “[Scott] busca el “camino medio” entre los extremos y se afana por mostrar poéticamente la realidad histórica de este camino, basándose para ello en la elaboración literaria de las grandes crisis de la historia inglesa” (32). En sus obras, los personajes históricos no son protagónicos y se organizan en cada extremo de la oposición que rige la novela. Scott pretende producir una imagen histórica total (46), presenta la realidad histórica de una manera accesible y clara (59) e intenta conseguir la fidelidad histórica mediante la fidelidad a la psicología histórica de los personajes (67).

Estas características de las novelas históricas de Walter Scott son apreciables en *El país de la canela*. Gran parte de la novela se desarrolla durante la Conquista, en la selva, que es el espacio del conflicto entre civilización y barbarie. Cristóbal puede considerarse un héroe mediocre, en tanto que es un personaje ignoto que media entre los dos extremos en conflicto, el indígena, habitante americano, y el conquistador, invasor. Pero como la situación histórica en la novela es más compleja, paralelamente media entre dos tipos de europeos: el capitán de conquista, espoliador del Nuevo Mundo, y el letrado observador y cronista del Nuevo Mundo. Una tercera mediación de Cristóbal aparece entre el poder imperial y los conquistadores locales. Pues el Virrey necesita de la experiencia del mestizo con los españoles en el Nuevo Mundo en tiempos de sublevaciones y traiciones, y los conquistadores como Ursúa necesitan un contacto que les prometa la autorización de una nueva campaña de conquista. Estos distintos niveles de mediación revelan el interés por mostrar una imagen total de la realidad colonial, que, sin embargo, se ve limitada por la influencia de una historiografía que desconoce secciones enteras de la humanidad: las mujeres, los indígenas y los esclavos, es decir, lo que no es masculino, cristiano y español. Un personaje capaz de lidiar con estos niveles de mediación y de transmitir un mensaje de conciliación entre extremos necesariamente tiene que ser afable, mesurado,

prudente y debe tender a mantener el orden de las cosas y de las relaciones en todo momento.

Cristóbal lo es, y por lo tanto no altera en nada el ambiente en el que se desenvuelve. Sus acciones no cambian el curso de la historia, sólo la ratifican. En esto parece afín con la obra de Scott, pues, según Maurice Cranston, “el objetivo de las novelas de Walter Scott era el de alimentar las fantasías de sus lectores sin causar inquietud ni trastornos” (*El Romanticismo* 107). Y como se ha visto, las representaciones de los indígenas y de los conquistadores en *El país de la canela* son tópicos que tienen una tradición y que no cambian una perspectiva eurocentrista sobre la Conquista de América. Finalmente lo más significativo de señalar es que la visión de la conquista de Cristóbal no es anacrónica. Como se ha insistido, él es un sujeto moderno, pero posible dentro del cronotopo de la novela.

### **Conclusiones**

En conclusión, esta indagación plantea que la visión de la conquista del narrador, Cristóbal de Aguilar y Medina, se expresa principalmente en la representación de los indígenas, bajo la especie del “buen salvaje”, y de los conquistadores, bajo la noción de la “leyenda negra”. El uso de estos tópicos implica un posicionamiento del narrador en un lugar de enunciación que juzga la humanidad de ambos. Su voz puede corresponder a la de un sujeto colonizador europeo de la época, pero no necesariamente a la de un español. La actuación de Aguilar es compatible con la singularidad histórica de la época, pero no como un mestizo (al modo del Inca Garcilaso de la Vega), sino como un humanista o un protestante europeo o, si se enfatiza su origen americano, como un criollo hispanoamericano del siglo XIX.

El estudio de los tópicos lleva a concluir que lo que parece sugerir una mirada que desmonta el racismo de los registros anteriores sobre la conquista, su representación de los

indígenas y de los conquistadores, no es más que el reciclaje de temas que se ya se ventilaban en la Europa del Renacimiento, especialmente por fuera de España.

*El país de la canela* guarda en su forma y contenido afinidades con la novela histórica decimonónica o con los proyectos narrativos que recurren a la historia para plantear una perspectiva que se espera que rija en el presente. El tema de la civilización y quién es portador de ella campea a lo largo de la novela. La búsqueda de la historia regional, la urgencia de legitimar sus postulados con la alusión a personalidades de autoridad en la historiografía hispanoamericana, el orden de la composición, y la exaltación de la racionalidad al momento de considerar las diferencias culturales, epistemológica o políticamente, desconociendo las particularidades de la humanidad colonizada, son algunos rasgos que aquí se asocian con una escritura decimonónica. La obra intenta recrear una particularidad histórica y lo consigue porque todos los discursos que circulan son posibles en los periodos históricos de la conquista y la colonia, o el Renacimiento. Esto debilita la pretensión de novedad en el tratamiento de la Conquista. Además, se le puede cuestionar el que esos discursos provengan exclusivamente de una tradición que no juzga la conquista, sino el modo como se realizó y que –de nuevo– invisibiliza las particularidades de la humanidad colonizada. El distanciamiento entre Aguilar y los personajes que describe no ayuda a señalar el aporte de las culturas indígenas en la comprensión de la conquista, por el contrario, instaura un juicio sobre este periodo histórico: España no era suficientemente apta para colonizar el Nuevo Mundo.

Este recorrido por *El país de la canela* lleva a la conclusión de que es una novela en la que la forma y los contenidos ideológicos se encuentran muy bien articulados, pero cuya armonización implica la dificultad de la obra para transmitir una visión totalmente novedosa

sobre la conquista de América. La obra no altera el orden de las prioridades de la humanidad colonizadora. La representación de los indígenas exalta valores europeos o una perspectiva eurocéntrica: la idealización de la libertad y de la razón de la modernidad, ideas abstractas que ocultan el afán colonizador, porque si Aguilar regresa a la selva es para acompañar a Ursúa en calidad de conquistador, y no para volverse un nativo. Al apartarse de las formas de escritura histórica más innovadoras y subversivas que se dieron en el siglo XX, a veces vistas como NNHL o como parte del boom, y acercarse al positivismo y racionalidad que rigieron la literatura hispanoamericana el siglo XIX, *El país de la canela* cierra un periplo que contribuye a reproducir el discurso colonial y a avalar el patrón de colonización que desde la Conquista se ha impuesto sobre el territorio utópico de la Amazonía.

## Bibliografía

- Acosta de Samper, Soledad. *Biografías de hombres ilustres ó notables, relativas á la época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de América denominada actualmente EE. UU. de Colombia*. Bogotá: Impr. de "La Luz", 1883. Print.
- Adorno, Rolena. "El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 14.28, Historia, Sujeto Social y Discurso Poético en la Colonia (1988): pp. 55-68. Print.
- Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana I: La colonia. Cien años de República*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 1995. Print.
- Ashcroft, Bill, Gareth Griffiths and Helen Tiffin. *Key Concepts in Post-Colonial Studies*. New York: Routledge, 1998. Print.
- Bolívar, Simón. "Carta de Jamaica". *Fuentes de la cultura latinoamericana*. Ed. Leopoldo Zea. 1st ed. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993. 17-32. Print.
- Bumas, E. Shaskan. "The Cannibal Butcher Shop: Protestant Uses of Las Casas's "Brevísima Relación" in Europe and the American Colonies." *Early American Literature* 35.2 (2000): pp. 107-136. Print.
- Carvajal, Gaspar de, et al. *La aventura del Amazonas*. Ed. Rafael Díaz. Madrid: Historia 16, 1986. Print.
- Casas, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Ed. Consuelo Varela. Madrid: Castalia, 1999. Print.
- Cranston, Maurice. *El Romanticismo*. Barcelona: Grijalbo, 1997. Print.
- Cornejo Polar, Antonio. "Mestizaje, transculturación, heterogeneidad". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 20, 40 (1994): 368-371. Web.
- Cro, Stelio. "Los cronistas primitivos de Indias y la cuestión de antiguos y modernos". Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (1986), vol.1. España: Vervuert Verlagsgesellschaft, 1989. 415-424. Print
- . *The Noble Savage : Allegory of Freedom*. Waterloo, Ont., Canada: Wilfrid Laurier University Press, 1990. Print.
- . *Realidad y utopía en el Descubrimiento y Conquista de la América Hispana, 1492-1682*. Troy, Mich.; Madrid, España: International Book Publishers; Fundación Universitaria Española, 1983. Print.
- Echeverría, Esteban. *El matadero. La Cautiva*. 11 ed. Madrid: Cátedra, 2009.



- Eliade, Mircea. *The Sacred & the Profane. The nature of religion*. Trans. Willard R. Trask. San Diego, CA : Harcourt Brace, 1987. Print.
- . *Patterns in Comparative Religion*. Trans. Rosemary Sheed. Lincoln: University of Nebraska Press, 1996. Print.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*. Tercera Parte, Tomo IV. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007. Print.
- Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. “Veredicto de la XVI Edición del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos”. Venezuela: Celarg, 2009. Web.
- García Cárcel, Ricardo. *La Leyenda Negra : Historia y opinión*. 704 Vol. Madrid: Alianza Editorial, 1992. Print.
- García Márquez, Gabriel. *Cien Años de Soledad*. Edición conmemorativa. Colombia: Alfaguara, 2007. Print.
- González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*. Durham, N.C.: Duke University Press, 1998. Print.
- Hutcheon, Linda. *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*. New York: Routledge, 1988.
- Juderías y Loyot, Julián. *La Leyenda Negra : Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*. 1 Vol. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1997. Print.
- Konetzke, Richard. “El mestizaje y su importancia en el desarrollo de la población hispanoamericana durante la época colonial.” *Revista de Indias*. 7 (1946):7-44; 215-37. Print.
- Lukács, Georg. *La Novela Histórica*. México, D.F.: Ediciones Era, 1966. Print.
- Mazzotti, José A. *Coros mestizos del Inca Garcilaso: Resonancias andinas*. Lima: Bolsa de Valores de Lima, 1996. Print.
- Menton, Seymour. *Latin America's New Historical Novel*. 1st ed. Austin: University of Texas Press, 1993. Print.
- Mignolo, Walter D. “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad”. *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Edgardo Lander, ed. Buenos Aires: CLACSO, 2000. Print.

- . "La opción de-colonial: Desprendimiento y apertura". *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel, eds. Bogotá, D.C: Siglo del Hombre Editores, 2007. Print.
- . *The Idea of Latin America*. Malden, MA: Blackwell Pub., 2005. Print.
- Miller, Marilyn Grace. *Rise and Fall of the Cosmic Race*. 1st ed. Austin: University of Texas Press, 2004. Print.
- Molloy, Sylvia. *Acto de Presencia: La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, D.F: El Colegio de México, 1996. Print.
- Montaigne, Michel de. *Ensayos de Montaigne / seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día*. 1912. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Web.
- Orrego Arismendi, Juan Carlos. "El país de la canela o de cómo bañarse otra vez en el mismo río". *Revista de la Universidad de Antioquia*, 298 (2009):111-114, Web.
- Ospina, William. *América Mestiza*. Bogotá, Colombia: Aguilar, 2006. Print.
- . *¿Dónde está la Franja Amarilla?* Barcelona: Editorial Norma, 1997. Print.
- . *El País de la Canela*. 1st ed. Bogotá: Editorial Norma, 2008. Print.
- . "El renacer de la conquista". *Los nuevos centros de la esfera*, 2001. Print.
- . *Las Auroras de Sangre: Juan de Castellanos y el descubrimiento poético de América*. 1st ed. Santa Fé de Bogotá: Ministerio de Cultura : Grupo Editorial Norma, 1999. Print.
- . "Elogio de las causas". *Revista Lasallista de Investigación*, 7, 1 (2010): 116-121.
- . *En Busca de Bolívar*. Barcelona: La Otra Orilla, 2010. Print.
- . *Ursúa*. Bogotá, Colombia: Alfaguara, 2005. Print.
- Pereña, Luciano. *Genocidio en América*. Madrid: Mapfre, 1992. Print.
- Pizarro, Ana. "Imaginario y Discurso: La Amazonía." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 31.61 (2005): pp. 59-74. Print.
- Poupeny-Hart, Catherine. "Mestizaje: "I understand the reality, I just do not like the word": Perspectives on an Option". *Unforeseeable Americas : Questioning Cultural Hybridity in the Americas*. Ed. Zilá Bernd and Rita de Grandis. Amsterdam ; Atlanta, GA: Rodopi, 2000. 34-55. Print.
- Prescott, William H. *History of the Conquest of Peru*. New York: Modern Library, 1998. Print.

Rivera, José Eustasio. *La Vorágine*. Ed. Monserrat Ordóñez. Madrid: Cátedra, 1998. Print.

Serje, Margarita. "Violence as Context". In: Carpenter, Victoria. *A World Torn Apart : Representations of Violence in Latin American Narrative*. 9 Vol. Oxford ; New York: Peter Lang, 2007. Print.

Vargas Celemín, Libardo. "El país de la canela: Historia y Ficción". *Espéculo. Revista de estudios literarios*. 43 (2009). Web.

Vasconcelos, José. *The Cosmic Race : A Bilingual Edition*. Ed. Didier Tisdell Jaén. Baltimore, Md.: Johns Hopkins University Press, 1997. Print.

Vega, Inca Garcilaso de la. *Comentarios reales de los Incas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976. Print.

White, Hayden. *Tropics of Discourse : Essays in Cultural Criticism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1978. Print.

---

<sup>1</sup> Ver la entrevista de Francisco Ángeles (Porta9) a William Ospina en <http://www.youtube.com/watch?v=ID6RLs03RWM>

<sup>2</sup> Los eventos narrados están documentados en crónicas de Indias, como las Carvajal y Oviedo, y en historiografías e incluso biografías del siglo XIX. Por ejemplo, *History of the Conquest of Peru* de Prescott, o las *Biografías de Hombres Ilustres ó Notables* de Soledad Acosta de Samper. Sobre Prescott es importante señalar que se lo reconoce por la científicidad de su aproximación a la historia. Sobre el uso de las biografías históricas como las de Soledad Acosta de Samper, es también relevante recordar que detrás de su trabajo estaba el interés en participar de la construcción nacional ofreciendo al público una suerte de archivo histórico necesario para sustentar la identidad nacional.

<sup>3</sup> Sigo la noción de descolonización de Ashcroft, *et al.* "Decolonization is the process of revealing and dismantling colonialist power in all its forms. This includes dismantling the hidden aspects of those institutional and cultural forces that had maintained the colonialist power and that remain ever after political independence is achieved, etc. (*Key Concepts in Post-Colonial Studies*. 63ss)".

<sup>4</sup> Sobre los estudios decoloniales, ver Mignolo, W., "La opción de-colonial: Desprendimiento y apertura".

<sup>5</sup> Es el discurso (oficial) según el cual en las áreas más apartadas del país, donde el Estado no ha llegado, impera la 'ley del monte', es decir la del más fuerte. Estos territorios –dice el discurso centralista- son territorios violentos que necesitan ser sometidos por la fuerza pública, representante de la civilización. Son los territorios que prometen grandes oportunidades para el desarrollo agroindustrial y minero. Margarita Serje ha trabajado ampliamente este tema.

<sup>6</sup> Las cursivas en ésta y otras citas son mías.

<sup>7</sup> Ver *The Sacred and the Profane; Patterns in Comparative Religion*, "Survivals and Camouflages of Myths" in *Symbolism, the Sacred and the Arts*, entre otros estudios de Eliade.